

Contemporánea

Ngũgĩ wa Thiong'o (1938) es un novelista, dramaturgo, ensayista, periodista, editor, profesor y activista social nacido en Kenia cuando todavía era una colonia británica. En su juventud vivió la revuelta del Mau Mau por la independencia de su país, un acontecimiento histórico crucial para entender la trayectoria de su obra y su pensamiento. En 1962, cuando todavía era un estudiante universitario en Uganda, se representó su primera obra de teatro: *The Black Hermit*. Dos años más tarde publicó su primera novela, *Weep Not, Child*, que tuvo una gran recepción. Le siguieron las novelas *The River Between* (1965) y *Un grano de trigo* (1967). Esta última marcó un punto de inflexión tanto en su estilo como en su ideología de orientación marxista. También abandonó el nombre con el que fue bautizado, James Ngugi, y retomó su nombre de nacimiento. En 1976 participó en la creación del Centro Educativo y Cultural Comunitario de Kamĩrĩthũ, un proyecto para promover la lengua materna en la literatura y el teatro en confrontación con el predominio del inglés. Un año más tarde, Ngũgĩ fue arrestado como consecuencia del mensaje político de su obra *Ngaahika Ndeenda* (*I Will Marry When I Want*). Durante la condena escribió su primera novela en gikuyu, *Caitani Mũtharabainĩ* (*El diablo en la cruz*), utilizando el papel higiénico de la prisión. Tras recuperar su libertad, Ngũgĩ y su familia se exiliaron a Estados Unidos para escapar de los peligros a los que estaban expuestos en Kenia. Ngũgĩ ha seguido trabajando para defender su causa. Actualmente este prolífico autor y académico, cuya labor ha sido reconocida con la mención *honoris causa* en diez universidades y le ha convertido en un firme candidato al Premio Nobel de Literatura, es una de las voces más importantes en la lucha por la conciencia social, política, económica, histórica, cultural y lingüística en los países en vías de desarrollo.

Ngũgĩ wa Thiong'o

Descolonizar la mente

La política lingüística de la literatura africana

Prólogo y traducción de

Marta Sofía López

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original: *Decolonising the Mind*

Primera edición: octubre, 2015

© 1981, 1982, 1984 y 1986, Ngūgĩ wa Thiong’o

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Marta Sofía López Rodríguez, por el prólogo y la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9062-653-5 (vol. 349)

Depósito legal: B-18.752-2015

Compuesto en gama, sl
Impreso en Liberdúplex
Sant Llorenç d’Hortons (Barcelona)

P 6 2 6 5 3 5

Este libro está dedicado con gratitud a todos los que escriben en lenguas africanas y a todos los que, a lo largo de los años, han mantenido la dignidad de la literatura, la cultura, la filosofía y el resto de los tesoros que preservan las lenguas africanas

PRÓLOGO

Ahora que se habla tan a menudo del final de las ideologías, resulta del todo saludable retomar a uno de los más grandes escritores del continente africano, cuyo nombre suena regularmente como candidato al Premio Nobel, y cuyo consistente compromiso con el marxismo y el antiimperialismo le ha ganado tantos admiradores como detractores a lo largo de los cincuenta años que lleva publicando novelas, teatro, libros infantiles, memorias personales y colecciones de ensayos. Solo cuatro de sus novelas se han editado en español: *El diablo en la cruz* (Tlalaparta, 1994), *Un grano de trigo* (Zanzíbar, 2006), *Matigari* (Colegio de México, 2007) y *El brujo del cuervo* (Alfaguara, 2008), pero Ngũgĩ es autor de más de veinticinco obras en diferentes géneros. Ha recibido diez doctorados *honoris causa* de universidades de todo el mundo, así como numerosos premios literarios internacionales, y es unánimemente reconocido como el mayor autor del África Oriental. Dos de sus novelas, *Un grano de trigo* y *El diablo en la cruz*, figuran entre las cien mejores obras de la literatura africana del siglo xx elaborada en 2002 por la Universidad de Columbia (http://library.columbia.edu/locations/global/virtual-libraries/african_studies/books.html, página visitada el 29/06/15).

Cuando recibí el encargo de esta traducción, me sorprendió la decisión editorial de recuperar un texto de los años ochenta del siglo xx, y con un tema tan específico como la

política lingüística de las literaturas africanas, aparentemente solo de interés para especialistas. Pero cualquiera que se acerque a estos ensayos enseguida se dará cuenta de la absoluta relevancia de los argumentos de Ngũgĩ para analizar este mundo de la segunda década del siglo XXI, así como del enorme calado de los muchos temas que aborda en esta obra: la lengua, sí, pero también la educación, la cultura, la política, la economía, la historia o la religión. Para Ngũgĩ, el lenguaje, en tanto que elemento crucial de nuestra autoconciencia y de nuestro ser social, no puede desvincularse de ninguna indagación profunda sobre la historia y sobre el presente de Kenia, de África y del conjunto del mundo. Sus lectoras y lectores podemos coincidir con él en todo, en parte o en nada, pero *Descolonizar la mente* es un *must read* de los estudios poscoloniales, uno de esos textos que nadie medianamente interesado en la literatura o la política africana puede ignorar, y una obra que ha marcado indeleblemente los debates sobre la utilización de las antiguas lenguas imperiales por parte de los autores y las autoras del ámbito poscolonial.

Pace Roland Barthes, el autor o la autora poscoloniales no han muerto. Están necesariamente inscritos en su obra porque la literatura no puede ser para ellos un lujo cultural, sino un vehículo imprescindible para espolear a las mentes perezosas y los corazones desgastados, para denunciar, para educar. Chinua Achebe lo explica con claridad en su ensayo «El novelista como maestro»: «Esta es la revolución que yo quiero abrazar: ayudar a mi sociedad a recuperar la fe en sí misma y a dejar de lado los complejos de los años de denigración y autohumillación. Y es esencialmente una cuestión de educación, en el mejor sentido de la palabra. En este punto, creo, coinciden mis ambiciones y las aspiraciones más profundas de mi sociedad. Porque ningún africano pensante puede escapar al dolor de la herida en nuestra alma» (en *Hopes and Impediments*, 1989, la traducción es mía).

Ngũgĩ, como él mismo narra en estos ensayos, nació en el

seno de una extensa familia campesina en Kamiriithu, en las Tierras Altas de Kenia, en 1938. Su familia sufrió, como tantas otras, la expropiación de sus tierras ancestrales por parte de los colonizadores británicos; uno de sus hermanos formó parte del movimiento guerrillero Mau-Mau; su madre fue torturada y encarcelada por ello; él mismo pasó un tiempo en la cárcel durante sus años como profesor en la Universidad de Nairobi, y se vio después abocado a un exilio que le llevaría a Inglaterra y Estados Unidos, donde reside en la actualidad, ejerciendo como catedrático emérito de inglés y literatura comparada en la Universidad de California, Irvine. En su última visita a Kenia, en 2004, fue agredido en su propia casa, y su esposa violada, y ambos estuvieron a punto de perder la vida. Así que cuando Ngũgĩ habla de opresión, explotación, pobreza o violencia, lo hace siempre desde su larga y dolorosa trayectoria vital. Pero en un contexto en el que la educación europea era la mágica llave de acceso hacia las clases medias, Ngũgĩ (a pesar de sus muy humildes orígenes) tuvo una educación privilegiada, gracias a su dominio de la lengua inglesa, que desde la prestigiosa Universidad de Makerere, en Uganda, le llevó en los años sesenta a la de Leeds, uno de los templos sagrados, aún hoy, para toda clase de africanistas. Y allí Ngũgĩ encontró las lecturas que determinarían su trayectoria intelectual y vital: Marx, Engels y Lenin; Frantz Fanon; C. L. R. James; Bertolt Brecht y Gorki... Y allí también empezó a escribir novelas.

Aunque la importancia de los pensadores y teóricos del marxismo clásico es evidente para quien lea estos ensayos, quizá resulte menos obvia la inmensa influencia que el psiquiatra martiniqués Frantz Fanon tuvo sobre Ngũgĩ. Como afirma el profesor Patrick Williams, «la relevancia de Fanon fue incluso mayor, porque se trataba de alguien involucrado en la lucha anticolonial, hablando desde y para el Tercer Mundo de una forma diferente a los antiguos marxistas» (*Ngũgĩ wa Thiong'o*, 1999, la traducción es mía). De hecho, el

propio Ngũgĩ afirmó en una ocasión que toda la literatura africana de los años sesenta y setenta era una serie de notas literarias a pie de página a la obra de Fanon, y muy en particular a su colección de ensayos *Los condenados de la tierra*, publicada en Francia en 1961 con una introducción de Jean-Paul Sartre (Fondo de Cultura Económica, 2012). También es inquestionable la enorme deuda de Ngũgĩ hacia C. L. R. James, autor del monumental ensayo *Los jacobinos negros* (Turner, 2003), sin duda la primera obra sobre la revolución de Haití escrita desde la perspectiva de los esclavos y sus descendientes en las Américas.

Así, la obra narrativa de Ngũgĩ ofrece un panorama imprescindible sobre la historia de Kenia a lo largo del siglo xx, contada siempre desde la mirada de esos «condenados de la tierra» de los que hablaba Fanon: los campesinos, los trabajadores, los guerrilleros, las «masas» silenciadas por la historiografía oficial. Desde su primera novela, *Weep Not, Child* (1964) hasta la última, *El brujo del cuervo*, de 2006, Ngũgĩ no ha cesado de reflexionar en sus ficciones sobre las consecuencias, trágicas para los individuos y las naciones, de la desigual relación entre África y Occidente, especialmente desde finales del siglo xix, en una trayectoria literaria comparable por su amplitud y vocación neohistoricista con la de Chinua Achebe con respecto al África Occidental. Su teatro ha buscado ser un teatro del pueblo y para el pueblo, siguiendo la estela de su admirado Brecht, que le ha llevado a profundizar en el riquísimo legado dramático de los pueblos keniatas, y también su literatura infantil ha buscado alcanzar una audiencia netamente africana.

Sus ensayos, no obstante, están dirigidos a otro tipo de público, no necesariamente occidental pero sí perteneciente a esta cultura. Ngũgĩ es, además de un escritor accesible para cualquier entusiasta de la literatura, al margen de su etnia, origen o nivel educativo, un académico que ha enseñado en algunas de las universidades más prestigiosas del mundo, Yale en-

tre ellas. Y *Descolonizar la mente* es sin duda el fruto de un largo proceso existencial y una muy coherente trayectoria intelectual que le llevó, a principios de los años ochenta, a renunciar al inglés como lengua literaria, y finalmente a su más ambicioso proyecto, un gran laboratorio de traducción a lenguas africanas de textos emblemáticos escritos en lenguas europeas o africanas, y que desarrolla en la Universidad de California.

Sería una impertinencia por mi parte intentar glosar los argumentos que Ngũgĩ ofrece en estos ensayos para explicar su decisión de desertar de la lengua inglesa, y que tienen todo el peso del dolor humano incommensurable causado por el imperialismo, el capitalismo y el neocolonialismo occidentales para respaldarlos. Pero en la gran polémica sobre las lenguas de la literatura africana, me confieso «achebista»: si Ngũgĩ hubiera escrito desde el principio de su carrera literaria y académica únicamente en gikuyu, su obra hubiera traspasado muy difícilmente las fronteras de Kenia e incluso las de su propia comunidad lingüística. Sus afilados análisis políticos y, precisamente por las razones que él tan bien explica, la alianza todavía férrea entre la lengua inglesa y la hegemonía socioeconómica del gran capital se hubieran quedado como tema de discusión entre un grupo reducido de hablantes en gikuyu. El mundo se hubiera perdido a un autor de dimensiones descomunales, mucho menos maniqueo y mucho más universalista (en el buen sentido de la palabra) de lo que a veces él mismo pretende ser. Son las paradojas inevitables de la «aldea global».

En uno de los ensayos contenidos en esta obra, afirma Ngũgĩ:

[Karl Marx] Nos dijo: «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas formas; pero la cuestión es cambiarlo». ¿Cambiarlo? Este pensamiento está en consonancia con el de todos los «condenados de la tierra» en África

ca, en Asia y en Latinoamérica, que están luchando por un orden económico, político y cultural nuevo, libre del imperialismo en su forma colonial, pero también en la más sutil y más peligrosa forma neocolonial. Es el sentimiento de todas las fuerzas de cambio democráticas y socialistas en el mundo contemporáneo.

Pero en Europa, en Estados Unidos, Canadá o Australia también existen l@s «condenados de la tierra», l@s que revuelven en los contenedores de basura, l@s que se mueren porque no pueden pagar una operación, l@s que venden sus órganos o sus cuerpos para poder sobrevivir, l@s que perdieron sus tierras, sus casas, sus trabajos, sus derechos, su más elemental dignidad humana. Y existimos l@s que, sin pertenecer estrictamente a las filas de la subalternidad, queríamos contribuir de igual forma a cambiar el mundo, aunque sea desde nuestras cómodas poltronas académicas o practicando «el noble arte de la traducción», como lo define el propio Ngũgĩ. En palabras de Arundhati Roy: «No existe tal cosa como l@s “sin voz”. Existen solo l@s deliberadamente silenciad@s, y a quienes preferimos no escuchar». Alguien tiene que hablar a gritos sobre las condiciones laborales de l@s trabajadores y trabajadoras de las multinacionales en sus fábricas deslocalizadas, del campesinado que se ve obligado a comprar sus semillas, fertilizantes y pesticidas a unas pocas grandes compañías, de quienes si pudieran nos harían pagar por el aire que respiramos, como propone uno de los personajes de *El diablo en la cruz*. Me honra profundamente el que, gracias a mi dominio de la lengua inglesa, haya podido hacerme eco de esos gritos adoloridos.

MARTA SOFÍA LÓPEZ,
Universidad de León

PREFACIO

Me alegró mucho que me invitaran a impartir la serie de conferencias Robb en memoria de sir Douglas Robb, antiguo rector de la Universidad de Auckland y uno de los médicos más eminentes de Nueva Zelanda. Hoy en día las universidades, particularmente en África, se han convertido en los modernos mecenas de los artistas. La mayor parte de los escritores africanos son producto de las universidades. De hecho, un buen número de ellos compatibilizan la escritura con un puesto académico. Además, un escritor y un médico tienen algo en común: la pasión por la verdad. La receta para la cura más adecuada depende de un análisis riguroso de la realidad. Los escritores son los médicos del alma y el corazón de una comunidad. Y por último, estas conferencias no hubieran sido escritas, al menos no en el año 1984, sin la invitación de la Universidad de Auckland.

Quiero dar las gracias al rector, doctor Lindo Ferguson; al vicerrector, doctor Colin Maiden; al gerente, el señor Warwick Nicholl; y a sus equipos, tanto por la invitación como por su cálida acogida. El profesor Michael Neil y el señor Sebastian Black fueron sumamente meticulosos y eficaces con los preparativos. Ellos, junto con el profesor Terry Sturm y la plantilla del Departamento de Inglés, hicieron que me sintiera como en casa. Gracias también a Wanjikū Kīariī y a Martin Sanderson por su amistad y sus constantes atenciones duran-

te mi visita, y por su participación activa en las conferencias casi sin previo aviso. Gracias también al profesor Albert Wendt, el novelista samoano, y a su esposa Jenny, que nos ofreció una gran recepción en su casa en la Universidad del Pacífico Sur, en Fiyi, y se molestó en llevarnos en coche por Suva; a Pat Hohepa, que organizó una recepción maorí muy emocionante, y a todos los maorís dentro y fuera de la universidad que nos recibieron en sus casas o en sus lugares de trabajo. *A sante sana!*

Me conmovió de forma particular la bienvenida que recibimos de los maorís y siempre la recordaré. Hay mucho que aprender de la cultura de los maorís, una cultura que tiene tanta vitalidad, fuerza y belleza: la vitalidad, la fuerza y la belleza de la resistencia. Por ello me hizo muy feliz el hecho de que mis conferencias sobre «La política lingüística de la literatura africana» coincidieran con la semana de la lengua maorí. ¡Larga vida a la lengua y a la lucha cultural del pueblo maorí!

Además del estímulo de la invitación a Nueva Zelanda, las conferencias le deben mucho al tiempo que pasé en la Universidad de Bayreuth, en Alemania Occidental, como profesor invitado asociado al Departamento de Inglés y Literatura Comparada desde el 15 de mayo hasta el 15 de julio de 1984. Quiero darle las gracias al profesor H. Ruppert, coordinador del proyecto de investigación específico sobre la identidad en África; al Instituto Germánico de Investigación por la invitación, y al profesor Richard Taylor y a todo el personal del Departamento de Inglés por su cálida acogida. Quiero destacar al doctor Reinhard Sander, que organizó la visita; a la doctora Rhonda Cobham; al doctor Eakhard Breitingner; al doctor Jürgen Martini y a Margit Wermter, por dedicarme su tiempo y por ofrecerme un ambiente intelectual y de trabajo estimulante y acogedor. Al doctor Bachir Diagne, de Senegal, con quien compartí casa en el pueblo de St. Johannes, le debo una especial gratitud por todas las sesiones sobre lógica matemática, Louis Althusser, Michel Pêcheux, Pierre Macherey, Fer-

dinand de Saussure, Léopold Sédar Senghor, la lengua wolof, la filosofía africana y mucho más... También tradujo para mí varios textos del francés al inglés.

El hecho de que las conferencias estuvieran listas para su presentación a tiempo se debe en buena medida a Eva Lannö. Aunque la primera conferencia estaba escrita y el marco general de las otras se desarrolló en Bayreuth, la composición y la redacción de las otras tres, así como su mecanografiado, se hizo en Nueva Zelanda. Eva las pasó a máquina, las dos últimas a medida que yo las escribía, mientras organizaba los planes de viaje, mantenía mi agenda y corría a bibliotecas o librerías para buscar referencias que me hacían falta urgentemente.

Por último, estas conferencias no hubieran sido posibles sin la inspiradora amistad patriótica de todos mis compatriotas keniatas en el extranjero, particularmente los que están en Gran Bretaña, Dinamarca, Suecia y Zimbabue, y de todos los que simpatizan con las luchas de los keniatas en defensa de los derechos humanos y democráticos. No menciono aquí sus nombres por razones que están al margen de este libro. Pero la fuerza para escribir estas conferencias y el resto de los libros que he escrito desde 1982, bajo las durísimas condiciones de mi vida en estos momentos, se la debo a ellos.

A lo largo de los años he llegado a darme cuenta de que el trabajo de cualquier tipo, incluso el trabajo literario creativo, no es el resultado de un genio individual, sino el efecto de un esfuerzo colectivo. Hay muchos estímulos detrás de la creación efectiva de una imagen, de una idea, de una línea argumental o, incluso a veces, de una estructura formal. Las mismas palabras que utilizamos son el producto de una historia colectiva. También lo es esta obra.

Debo mucho a todos los que han contribuido al gran debate sobre las lenguas de la literatura africana, y en particular al fallecido David Diop, de Senegal, y a Obi Wali, de Nigeria, que llevó a cabo la histórica intervención de 1964. Hay muchos otros. Los lingüistas africanos, por ejemplo, han sido

más progresistas en su visión de la cuestión de la lengua que sus contrapartes en la literatura creativa. Por ejemplo, se han llevado a cabo trabajos muy valiosos sobre las lenguas keniatas y africanas en el Departamento de Lingüística y de Lenguas Africanas en la Universidad de Nairobi. El profesor Abdulaziz y el doctor Karega Mũtahi han realizado un trabajo pionero en muchas áreas de las lenguas keniatas. Ambos admiten el hecho de que cada niño keniatá tiene tres lenguas, una realidad que muchos keniatas patrióticos y democráticos están de acuerdo en que debería tener una plasmación en la política social y oficial. El kiswahili debería ser la lengua nacional y oficial de toda Kenia; las otras lenguas nacionales deberían enseñarse adecuadamente en las escuelas, y el inglés debería conservarse como la lengua prioritaria de comunicación internacional para el pueblo keniatá. Pero en estas conferencias no me ocupó tanto de las políticas lingüísticas como de la práctica lingüística de los escritores africanos. En este punto debo subrayar y reiterar que hay muchos escritores en África que a lo largo de los años, y de los siglos, han escrito, y siguen haciéndolo, en lenguas africanas.

Mi pensamiento ha sido forjado y transformado de forma decisiva, más de lo que puedo expresar sobre el papel, por el trabajo colectivo y los debates de los profesores y los estudiantes del Departamento de Literatura de la Universidad de Nairobi, particularmente en el período que va de 1971 a 1977. Siempre he recordado con cariño a todos los profesores, los estudiantes, los secretarios y el resto de los trabajadores con los que tuve el privilegio de interactuar durante esos años gloriosos. La profesora Mĩcere Mũgo tenía la capacidad de inflamar mi imaginación y lanzarla en diferentes direcciones, y esperaba emocionado, en particular entre los años 1974 y 1976, nuestras sesiones matinales casi diarias de discusión y comentario sobre los acontecimientos cotidianos en los pasillos del Departamento de Literatura, sesiones que desembocaron en la escritura conjunta de *The Trial of Dedan Kĩmathi*,

que fue en sí mismo un acto de intervención política y literaria.

El congreso que se celebró en Nairobi en 1974 sobre la enseñanza de la literatura africana fue sin duda un hito importante en mi crecimiento personal. Les debo mucho a todos los profesores y participantes, porque los debates, a menudo acalorados, que tuvieron lugar allí me ofrecieron nuevas perspectivas. El congreso en sí le debió mucho a los esfuerzos incansables de S. Akivaga y de Eddah Gachukia, que lo organizaron de forma sumamente hábil y admirable. Les ofrezco estos ensayos a Wasambo Were, el primer inspector keniano de teatro y literatura en el Ministerio de Educación, y a todos los profesores y empleados del Departamento de Literatura de Nairobi y de la Universidad Kenyatta, que han continuado el debate sobre la literatura africana en las escuelas, como si esta hubiera sido mi contribución de estar yo presente.

Si el Departamento de Literatura de Nairobi influyó decisivamente en mi pensamiento sobre la lengua y la literatura, fue Kamĩrĩthũ el factor decisivo para mi ruptura con mi praxis anterior en el área de la narrativa y el teatro. Siento un enorme agradecimiento hacia todos los hombres y mujeres de Kamĩrĩthũ con los que trabajé en el Centro Cultural y Educativo Comunitario, y en particular hacia Ngũgĩ wa Mĩrĩĩ, S. Somji, Kĩmani Gecau y Kabiru Kĩnyanjui.

Inevitablemente, ensayos como estos pueden tener un aire o un tono de yo-soy-mejor-que-tú. Quiero dejar claro que estoy escribiendo sobre mí mismo tanto como sobre los demás. Los problemas actuales de África no son una cuestión de elección personal: surgen de una coyuntura histórica. Y sus soluciones no son tanto cuestión de una decisión personal como de una transformación fundamental en la estructura de nuestras sociedades, empezando por una ruptura real con el imperialismo y sus colaboracionistas internos. El imperialismo y sus aliados comerciales en África jamás de los jamases serán capaces de desarrollar el continente.

Si en estos ensayos yo critico la elección afroeuropea (o euroafricana) de nuestra praxis lingüística, no es para atacar el genio de quienes han escrito en inglés, en francés o en portugués. Muy al contrario, lamento una situación neocolonial que ha supuesto el que la burguesía europea se adueñe de nuestros talentos y de nuestros genios, igual que lo hicieron de nuestras economías. En los siglos XVIII y XIX Europa robó innumerables tesoros artísticos africanos para decorar sus casas y museos. En el siglo XX Europa está robando los tesoros de la mente para enriquecer sus lenguas y sus culturas. África necesita recuperar el control de su economía, su política, su cultura, sus lenguas y a todos sus escritores patrióticos.

Para terminar con Shabaan Robert: *«Titi la mama litamu lingawa la mbwa, lingine halishi tamu... Watu wasio na lugha ya asili, kadiri walivyo wastaarabu, cheo chao ni cha pili dunia — dunia la cheo»*.

UNA DECLARACIÓN

En 1977 publiqué *Petals of Blood* y me despedí de la lengua inglesa como vehículo de escritura de mi teatro, mis novelas y mis cuentos. Todo el resto de mi obra la he escrito directamente en gikuyu: mis novelas *Caitaaini Mũtharabainĩ* y *Matigari Ma Njirũĩngi*, mis obras de teatro *Ngaahika Ndeenda* (escrita con Ngũgĩ wa Mĩriĩ) y *Maitũ Njugira*, y mis libros infantiles *Njamba Nene na Mbaathi ĩ Mathagu*, *Bathitoora ya Njamba Nene* y *Njamba Nene na Cibũ King'ang'i*.

Sin embargo, he seguido escribiendo prosa ensayística en inglés. Por ejemplo, *Detained. A Writer's Prison Diary*, *Writers in Politics* y *Barrel of a Pen* los escribí en inglés. De ahora en adelante, siempre escribiré en gikuyu y kiswahili.

No obstante, espero que a través del venerable vehículo de la traducción seré capaz de seguir dialogando con todo el mundo.

INTRODUCCIÓN

HACIA UNA LENGUA UNIVERSAL DE LA LUCHA

Este libro es un resumen de algunos de los temas en los que he estado involucrado apasionadamente durante los últimos veinte años en mi práctica de la ficción, el teatro, la crítica y la enseñanza de la literatura. Quienes hayan leído mis libros *Homecoming*, *Writers in Politics*, *Barrel of a Pen* o incluso *Detained. A Writer's Prison Diary*, tendrán una sensación de *déjà vu*. Esta sensación no estará lejos de la verdad. Pero las conferencias en las que está basado este libro me han dado la oportunidad de reunir de un modo coherente y cohesionado los principales temas sobre la cuestión de la lengua en la literatura que he estado abordando aquí y allá en entrevistas y en trabajos previos. Espero, en todo caso, que el trabajo se haya enriquecido con las reacciones, tanto amistosas como hostiles, que he recibido de otras personas con respecto a las mismas cuestiones a lo largo de estos años. Este libro es parte de un debate prolongado a lo largo y ancho del continente sobre el destino de África.

El estudio de las realidades africanas se ha llevado a cabo en términos de tribus durante demasiado tiempo. Cualquier cosa que ocurra en Kenia, en Uganda o en Malaui es porque la tribu A está enfrentada con la tribu B. Cualquier conflicto que estalle en Zaire, en Nigeria, en Liberia o en Zambia se debe a la enemistad tradicional entre la tribu C y la tribu D.

Una variación de la misma interpretación banal es musulmanes frente a cristianos, o católicos frente a protestantes, allí donde no es tan sencillo dividir a la gente en tribus. Incluso la literatura se evalúa constantemente en términos del origen tribal de sus autores o los orígenes y las filiaciones tribales de los personajes de una novela o de una obra de teatro dadas. Los medios de comunicación occidentales han popularizado esta interpretación sesgada convencional de las realidades de África y buscan desviar la atención de la gente acerca del hecho de que el imperialismo está todavía en la raíz de muchos de sus problemas. Desafortunadamente, algunos intelectuales africanos han sido víctimas, en algunos casos incurables, de este mismo esquema, y son incapaces de ver los orígenes coloniales de la estrategia de «divide y vencerás» que sirve para explicar las diferencias de perspectiva intelectual o cualquier conflicto político en términos de los orígenes étnicos de los actores. Ningún hombre ni ninguna mujer pueden elegir su nacionalidad biológica. Los conflictos entre las personas no pueden explicarse en términos de lo que es inmutable (los elementos invariables). De otro modo, los problemas entre dos pueblos cualesquiera serían iguales siempre y en todas partes; además, no habría ninguna solución a los conflictos sociales excepto un cambio en lo que es permanentemente estable, por ejemplo mediante la transformación genética o biológica de los actores.

Mi aproximación va a ser diferente. Consideraré las realidades de África en función de cómo se ven afectadas por la gran batalla entre dos fuerzas que se oponen mutuamente en el África contemporánea: por una parte, una tradición imperialista y, por la otra, una tradición de resistencia. La tradición imperialista en África la mantienen hoy en día la burguesía internacional usando las multinacionales y, por supuesto, las clases dirigentes nativas, ondeando las banderas nacionales. La dependencia económica y política de esta burguesía neocolonial africana se refleja en su cultura de imitación y de repetición, que impone a una población adormecida con bo-

tas policiales, alambre de espino y unos estamentos clerical y judicial complacientes. Extienden sus ideas a través de un grupo de intelectuales estatales, los académicos y los periodistas laureados del *establishment* neocolonial. La tradición de resistencia la mantienen los trabajadores (los campesinos y el proletariado urbano), con la ayuda de los estudiantes patriotas, los intelectuales (sean o no académicos), los soldados y otros elementos progresistas de las clases medias menos privilegiadas. La resistencia se refleja en su defensa patriótica de los orígenes campesinos y proletarios de las culturas nacionales, en su defensa de la lucha democrática de todas las nacionalidades que habitan un mismo territorio. Cualquier golpe contra el imperialismo, sin que importen sus orígenes étnicos o nacionales, es una victoria para las fuerzas antiimperialistas de todas las nacionalidades. La suma total de estos golpes, sin que importe su dimensión, tamaño, escala o el momento histórico en el que ocurran, constituye la herencia nacional.

Para estos defensores patrióticos de las culturas de lucha de los pueblos africanos, el imperialismo no es un eslogan. Es real, es palpable en su contenido y forma, y en sus métodos y efectos. El imperialismo es el gobierno del capital financiero consolidado y, desde 1984, este capital monopolista y parasitario ha afectado, y continúa afectando, a las vidas de los campesinos incluso en los rincones más remotos de nuestros países. Si tenéis alguna duda, simplemente contad los países africanos que han sido hipotecados por el FMI, «el nuevo Ministerio Internacional de Economía», como lo ha llamado Julius Nyerere en alguna ocasión. ¿Quién paga la hipoteca? Todos y cada uno de los productores de riqueza real (valor de uso) en el país hipotecado, lo que significa todos y cada uno de los campesinos y los trabajadores. El imperialismo es total: tiene consecuencias económicas, políticas, militares, culturales y psicológicas para los pueblos del mundo hoy en día. Podría incluso conducir a un holocausto.

La libertad del capital financiero occidental y de los inmensos monopolios transnacionales que actúan bajo su paraguas para seguir robando a los países y a los pueblos de Latinoamérica, África, Asia y la Polinesia está protegida hoy en día por armas convencionales y nucleares. El imperialismo, liderado por Estados Unidos, les ofrece a los pueblos en lucha de la tierra, y a todos los que reclaman paz, democracia y socialismo, un ultimátum: acepta el robo o muere.

Los oprimidos y los explotados de la tierra mantienen su desafío: libertad frente al robo. Pero el arma más peligrosa que blande y, de hecho, utiliza cada día el imperialismo contra ese desafío colectivo es la bomba de la cultura. El efecto de una bomba cultural es aniquilar la creencia de un pueblo en sus nombres, en sus lenguas, en su entorno natural, en su tradición de lucha, en su unidad, en sus capacidades y, en último término, en sí mismos. Les hace ver su pasado como una tierra baldía carente de logros y les hace querer distanciarse de esta. Les hace querer identificarse con aquello que les resulta más lejano, por ejemplo con las lenguas de otros pueblos en lugar de las suyas propias. Les hace identificarse con aquello que es decadente y reaccionario, todas las fuerzas que ahogarían de buena gana las fuentes de su vida. Incluso plantea dudas profundas sobre la legitimidad moral de la lucha. Las posibilidades de victoria y de triunfo se ven como sueños remotos y ridículos. Los resultados que se buscan son la desesperación, el desencanto y un deseo de muerte colectivo. En medio de esta tierra baldía que ha creado, el imperialismo se presenta a sí mismo como la única cura y exige que los dependientes canten himnos de alabanza con un estribillo constante: «El robo es sagrado». De hecho, este estribillo resume el credo sagrado de la burguesía neocolonial en muchos estados «independientes» africanos.

Las clases que luchan contra el imperialismo, incluso en su etapa y en su modo neocolonial, tienen que hacer frente a esta amenaza con la cultura más elevada y más creativa que

surge de la lucha decidida. Estas clases tienen que blandir incluso con más firmeza las armas de batalla que sus culturas contienen en cada una de sus lenguas. Tienen que descubrir sus múltiples lenguas para cantar la canción «El pueblo unido jamás será vencido».

El tema de este libro es sencillo. Está tomado de un poema del poeta guyanés Martin Carter en el que ve a los hombres y mujeres normales y corrientes pasando hambre y viviendo en habitaciones sin luz; todos esos hombres y mujeres de Sudáfrica, Namibia, Kenia, Zaire, Costa de Marfil, El Salvador, Chile, Filipinas, Corea del Sur, Indonesia, Granada, los «condenados de la tierra» de Fanon, que han declarado alto y claro que no duermen para soñar, «sino que sueñan con cambiar el mundo».

Espero que alguno de los temas de este libro encuentre un eco en vuestros corazones.

1

LA LENGUA DE LA LITERATURA AFRICANA

I

La lengua de la literatura africana no puede discutirse de forma significativa sin tener en cuenta el contexto de las fuerzas sociales que han hecho de este tema simultáneamente una cuestión que reclama nuestra atención y un problema que debe ser resuelto.

De un lado está el imperialismo en sus fases colonial y neocolonial, constantemente presionando la mano del africano sobre el arado para que remueva la tierra, y poniéndole orejeras para hacerle ver que el camino frente a él solo está determinado por el amo, armado con la Biblia y la espada. En otras palabras, el imperialismo sigue controlando las economías, las políticas y las culturas de África. Pero por otro lado, y enfrentado a él, están las luchas incesantes de los pueblos africanos para liberar su economía, su política y su cultura de ese nudo asfixiante, con raíces en Europa y América, para dar paso a una nueva era de auténtica autorregulación y autodeterminación comunales. Es una lucha interminable por recuperar su iniciativa creativa en el terreno de la historia mediante un control real de sus medios de autodefinición comunitaria en el espacio y en el tiempo. La elección de una lengua y los fines para los que se usa esta son centrales en la definición que un pueblo hace de sí mismo en relación con su entorno social y

natural, de hecho en relación con la totalidad del universo. De aquí que la lengua siempre haya estado en el centro de dos fuerzas sociales rivales en el África contemporánea.

La batalla empezó hace cien años cuando en 1884 los poderes capitalistas de Europa se sentaron en Berlín y dividieron un continente entero con una multiplicidad de pueblos, culturas y lenguas en diferentes colonias. Parece que es el sino de África el que su destino se dirima siempre en torno a mesas de conferencias en las metrópolis del mundo occidental: su transformación de comunidades autogobernadas a colonias se decidió en Berlín; su transición más reciente hacia las neocolonias fieles a las mismas fronteras se negoció alrededor de mesas en Londres, París, Bruselas o Lisboa. La división gestada en Berlín, bajo la cual África vive todavía, fue obviamente económica y política, a pesar de las pretensiones de los diplomáticos que blandían la Biblia, pero también fue cultural. En Berlín, en 1884, se forjaron las divisiones de África entre las diferentes lenguas de las potencias europeas. Los países africanos, como colonias y aún hoy como neocolonias, fueron definidos y llegaron a definirse a sí mismos en función de las lenguas de Europa: países africanos angloparlantes, francoparlantes o lusoparlantes.¹

1. «Las lenguas europeas se hicieron tan importantes para los africanos que estos llegaron a definir su propia identidad en buena medida en función de ellas. Los africanos empezaron a definirse entre sí como francófonos o anglófonos. El propio continente llegó a definirse en términos de estados anglófonos, francófonos o hablantes de árabe.» Ali A. Mazrui, *Africa's International Relations*, Londres, 1977, p. 92.

El árabe realmente no entra en esta categoría. Por ejemplo, en vez de estados hablantes de árabe, Mazrui debería haber hablado de estados lusófonos. El árabe ya es una lengua africana, a menos que queramos excluir a todas las poblaciones indígenas del norte de África, Egipto o Sudán de la categoría de africanos.

Y, como suele ocurrir con Mazrui, sus inteligentes descripciones, observaciones y comparaciones sobre las realidades del África contemporánea en la medida en que están afectadas por Europa se encuentran, desgraciada-